

VICARIO.

Las desavenencias entre el cura y el vicario son males de gran trascendencia, que producen efectos funestísimos en la parroquia; pues, á mas del escándalo que siembran en ella, son motivo de que los feligreses toman parte en la cuestion, se dividen en bandos opuestos, y á semejanza de los corintios, se entregan á un cisma lamentable, declarándose cada cual á favor del que mejor le parece: *Ego quidem sum Pauli: ego autem Apollo: ego verò Cepha*¹. De aquí nacen penden-
cias, quejas, murmuraciones que hacen despreciable al cura igualmente que al vicario, é impiden el fruto de su predicacion, sobre todo en materias de concordia y fraternidad. Á veces la cuestion toma tales proporciones y llega á tal grado de virulencia, que, sin tener en cuenta la ruina que ocasionan á muchas almas, el uno procura destruir lo que el otro edifica, solo por el gusto de mortificarse mutuamente, y sin otra mira que la de ganarse partidarios. Basta, por ejemplo, que el cura declame contra ciertos abusos, para que el vicario los tolere, y aun los defienda: y por lo mismo que el vicario niega la absolucion á cierta clase de pecadores, el cura los absuelve sin dilacion. Por manera que no parece sino que enseñan dos Evangelios, ó que Cristo está dividido.

Cuando un vicario pasa á servir en una parroquia, el cura ha de recibirle con toda caridad y agrado, pensando que es

¹ I Cor. 1, 12.

un auxiliar que Dios le envia para que trabaje á su lado, le ayude á llevar la carga pastoral, y tome parte en todas sus empresas y fatigas. Léjos de mostrarle ningun género de reserva ó desconfianza, y negarle toda intervencion en el gobierno de la parroquia; por el contrario ha de ponerle al corriente de lo que hay en ella, ha de tratar amistosa y cordialmente con él sobre el modo de ocurrir á sus necesidades espirituales, procurando trabajar los dos de concierto. Hágase cargo que el vicario es, respecto de él, como un aprendiz puesto bajo la enseñanza y direccion de un experimentado maestro; y así nada omita para instruirle perfectamente en todos los ramos que abraza el ministerio parroquial. Ejercítele en la administracion de los Sacramentos; y en lo que toca á los del Bautismo y Extremauncion, no se los deje administrar hasta que vea no hay peligro de que omita alguna cosa sustancial que pueda invalidarlos. Procure que de vez en cuando ejercite el ministerio de la predicacion, dándole los conocimientos que se requieren para su buen desempeño. Si, llevado de la timidez y pusilanimidad, rehusase hacerlo, procure darle ánimo, diciéndole ponga toda su confianza en Aquel que hace disertar las lenguas de los niños. Si el cura logra formar bien á su vicario, y hacer de él un excelente ministro del Evangelio, ¡qué servicio tan importante habrá prestado á la Iglesia! ¡cuántos méritos tendrá delante de Dios! Todo el bien que en lo sucesivo haga el vicario en las diferentes parroquias á que será destinado, podrá en cierto modo atribuirse á él, y de todo le cabrá en el cielo su parte y su recompensa.

Sucedé á veces que entre el cura y su vicario se atraviesa una cierta emulacion y envidia, que les es causa perenne de desazones y disgustos. El cura no puede sufrir que el vicario tenga mucha aceptacion en la parroquia, que sea mas aplaudido que él cuando predica ó catequiza, que su confesona-

rio sea muy concurrido, sobre todo de cierta clase de personas ; porque con esto se cree rebajado y ser tenido en menos. El vicario, viéndose así mas aplaudido que el cura, se llena de orgullo y vanidad, se considera mas capaz que él, y consiguientemente le desprecia. Nos tomaremos la libertad de advertir así al uno como al otro, que la envidia igualmente que la vanidad son pasiones mezquinas, que solo tienen cabida en almas pequeñas é innobles. El vicario debería meditar aquel dicho de san Pablo : *Quid autem habes quod non accepisti? Si autem accepisti, quid gloriaris quasi non acceperis* ¹? Asimismo el cura debería tener el modo de pensar que tenia el mismo Apóstol cuando decia : ¿Qué me importa que otros prediquen el Evangelio, y lo hagan con fruto? con tal que Jesucristo sea conocido y glorificado, aunque yo no sea el autor de ello, ya quedo contento, ni deseo otra cosa : *Quid enim? dum omni modo... Christus annuntietur; et in hoc gaudeo, sed et gaudebo* ².

El cura que, teniendo un buen vicario, le está mortificando continuamente, nunca aprueba el bien que hace, siempre murmura de él, jamás le tiene ninguna consideracion, y permite que sus domésticos le falten al respeto y le nieguen los servicios que le son debidos ; este cura indiscreto causa un daño muy considerable á su parroquia, porque precisa al vicario á pedir se le envíe á trabajar en otro punto, y priva á sus feligreses de un ministro útil, que tal vez no habrá quien le reemplace. Así como interesa al cura, que tiene un buen vicario, no darle ocasion ni motivo para separarse de él ; del mismo modo, es interés del vicario que tiene un buen cura, continuar en su compañía por el mayor tiempo que le sea posible. Hay vicarios que hablan indiscretamente del cura, no solo entre sus compañeros en el sacerdocio, sino entre los mis-

¹ I Cor. iv, 7. — ² Philip. i, 18.

mos seglares ; que en nada le consultan, que no le dan cuenta de lo que hacen, que jamás le piden un consejo, y aun toman muy á mal que él se los dé, que obran independientemente en todo como si fuesen los amos ; estos vicarios imprudentes y faltos de educacion se perjudican á sí propios, pues sientan un mal precedente en su carrera, y tarde ó temprano llevan la pena de su pecado. El vicario que tiene virtud mira al cura como á padre, le es atento y obsequioso en todo, le da pruebas de amor y confianza, y soporta caritativamente sus defectos, persuadido de que él tambien tiene que soportar los suyos. Con la sirvienta evita dos cosas, la demasiada familiaridad y el tono sobradamente imperioso ; porque comprende que este le haria aborrecible, y aquella le expondria al peligro de perder la joya que mas debe apreciar un sacerdote.

Si á mas del vicario hay en la parroquia otros eclesiásticos, el cura debe procurar, en cuanto dependa de él, vivir con ellos en buena inteligencia y armonía, á fin de inducirles á trabajar en la viña del Señor, segun su capacidad y talento. Esto se entiende cuando dichos eclesiásticos son de costumbres recomendables ; porque, si su conducta fuese escandalosa, en este caso convendria dejarlos, pues su trabajo haria mas daño que provecho. Estos por su parte deben honrar al cura como á su pastor, ayudarle en todo lo que emprenda por el bien de sus feligreses, y contribuir en cuanto puedan al buen órden de la parroquia. Es una cruz para un pobre párroco verse contrariado siempre en el desempeño de sus obligaciones por la gente seglar ; pero esta cruz es mucho mas pesada, cuando la contradiccion le viene de parte de sus mismos hermanos en el sacerdocio.

Dirémos aquí, porque tal vez no tendríamos oportunidad para decirlo en otro lugar, que el cura que tiene alguna iglesia sufragánea no debe abandonarla al cuidado exclusivo de

su vicario, sino que ha de cuidarla por sí mismo, segun lo permitan sus fuerzas, y conforme lo exija la necesidad. Él es pastor de la iglesia aneja igualmente que de la principal, y de consiguiente es deber suyo conocer aquella porcion de su rebaño, hacer que aquellas ovejas oigan de vez en cuando su voz, y reciban de su misma mano un pasto saludable : *Diligenter agnosce vultum pecoris tui, tuosque greges diligenter considera* ¹.

¹ Prov. xxvii, 23.

PARIENTES.

Entre los sacrificios que Dios exige de un párroco, no es el menos interesante el de despojarse de todo amor desordenado á la carne y á la sangre, y renunciar á toda afeccion demasiado tierna hácia los parientes. Parece que el Señor, al enviarle á su parroquia, le dice lo que dijo á un antiguo patriarca: *Egredere de terra tua, et de cognatione tua, et de domo patris tui, et veni in terram quam monstrabo tibi* ¹. Si él rehusa hacerle este sacrificio, al paso que no será reconocido por discípulo suyo, se imposibilitará, como asegura san Cárlos Borromeo, para hacer ningun bien considerable en su parroquia. Así que es de todo punto indispensable que en órden á sus parientes observe las reglas siguientes :

Á no ser por motivo de caridad, ó por razon de servicio, de ningun modo consienta en tenerlos establemente en su casa. Los feligreses no suelen verlos con buen ojo, y les tienen marcada aversion ; porque piensan, y á veces lo aciertan, que ellos se regalan con los bienes de la Iglesia, y comen la porcion que por otra parte es debida á los pobres. Si despues ven que el cura les da una carrera mas brillante de lo que corresponde á su familia, ó que les coloca en un matrimonio mas ventajoso de lo que merece su condicion, entonces la murmuracion se hace general y el descontento llega á su colmo. Los

¹ Gen. xii, 1.

males que de esto se siguen no hay por que ponderarlos ; la discrecion de cada cual los comprenderá fácilmente.

Si por algun motivo justificado se ve precisado á encargarse de algun pariente, como de la hermana, del sobrino ó de la sobrina, tome con ellos las mismas precauciones que dijimos debe tomar con la sirvienta, y si cabe, aun mas serias y rigorosas. Vele sobre su conducta : esté á la mira de lo que pasa á su contorno : vea si hay salidas de noche, visitas, amoriós y otras cosas semejantes. Viva alerta, y no se fie de su bondad, por grande que parezca ; porque personas jóvenes, bien vestidas, no mal alimentadas, bastante desocupadas, cuales suelen ser las que viven en la casa rectoral, no son por cierto las que tienen las pasiones mas muertas, y de consiguiente las que necesitan de menos vigilancia. ¡Cuán de temer es que mientras el hermano ó el tío está ocupado en las cosas de su ministerio, la hermana ó la sobrina se entregue á todo género de diabluras! Créasenos, la casa rectoral es un lugar muy peligroso y ocasionado á grandes desgracias, sobre todo para las hermanas y sobrinas del cura. Quisiéramos que se nos comprendiese, y que el cura indagase bien qué objeto llevan ciertas personas que frecuentan su casa : tal vez sus indagaciones le harian comprender que hay quien mas va por la hermana que por el hermano, mas por la sobrina que por el tío.

Tanto para el bien espiritual de los mismos parientes, como para edificacion de la parroquia, es muy conveniente que frecuenten los Sacramentos, á lo menos cada quince dias. ¿Qué concepto se podria formar de un cura, cuyos domésticos solo confesasen una ó dos veces al año? No es cosa decente que cuando algun pariente del cura ha entrado ya en negociaciones para contraer matrimonio, permanezca en su casa, sobre todo si la persona interesada vive en la misma parroquia. La razon de esto es tan óbvia, que creemos excusado escribirla.

Sin negar que en la distribucion de limosnas que hace el cura puedan sus parientes pobres llevar su porcion, y aun, si se quiere, un tanto mas pingüe que los pobres comunes, recordaremos que los bienes eclesiásticos en su institucion no fueron destinados á enriquecer á los parientes, sino á socorrer á los pobres, excepto la parte indispensable para la decorosa manutencion del clérigo. Sin ningun comentario de nuestra parte, transcribiremos aquí un párrafo de una carta pastoral que san Cárlos Borromeo dirigió al clero de su diócesis. *Christus Dominus apertissimè ostendit se potestate miraculorum non usurum ad voluntatem matris secundùm carnem, sed Patris tantùm cæli, à quo missus fuerat, cùm in nuptiis dicenti, vinum non habent, respondit: Quid mihi et tibi est, mulier?... O utinam sic sacerdotes agnatis et parentibus dicerent: Quid cum redditibus nostris? Non hos pro vobis accepimus, sed pro pauperibus adjuvandis, ac nostro victu... O beatum sacerdotem, qui sic cum suis tractat!*